



Carnaval LGBTI en pandemia, entre la nostalgia y la esperanza

Hemos luchado para que esta pandemia no nos arrebatara muchas de las cosas que hemos visto en riesgo por esta barbarie del COVID-19, sobre todo la vida y el cuidado. Pero, también con empeño, hemos cuidado que el aislamiento no lleve al olvido las prácticas culturales que nos dan identidad. Quizás, el proceso que a la ciudadanía Caribe la convoca por excelencia y que estamos preservando y protegiendo desde la memoria y evocando estos días con nostalgia, con el compromiso de proteger la tradición, es el Carnaval de Barranquilla: esencia de la vida ciudadana y relato plural de nuestra identidad poblacional.

Dentro de las carnestolendas, el Carnaval LGBTI es para muchas de nosotras el gran evento renovador, dos meses de eventos públicos en la ciudad, más de 250 actores en escena y tres mil participantes en su guacherna, nos han dado un espacio en la ciudad, liderado por Jairo Polo Altamar, que justo desde su historia de vida enseña a los nuevos activismos a sobrevivir, a pesar de la adversidad. Hoy, en su atardecer, puede ver en estas celebraciones años de resistencia, perseverancia y convicción de que otro mundo es posible, por los cuales se empeñó, desde el ejercicio cultural y festivo, en gestar, hace cuarenta y seis años, un acto de exigibilidad de dignidad para las personas lesbianas, gays, bisexuales y trans del caribe.

En los años 70, en su barrio de toda la vida El Lucero y junto con su hermana Maritza, preparaba año tras año “el Carnaval en llamas” que, si bien no estaba relacionado con la diversidad sexual y de género, le abrió espacio a la participación de las personas LGBTI y lo fue perfilando como un hacedor carnestoléndico de reinados barriales. Por ello, el 1975 decidió pedirle a uno de sus amigos una carreta prestada, que era conducida por un mulo, y salir por las calles del barrio acompañado de otras personas trans y hombres gays, entre los que se contaban Alfredo Contreras, Alberto Sánchez, Jhon Pantoja, Federico Payares, Jesús Gutiérrez, Joaquín Castillo, Mariluchy Correa y Eduardo Salcedo Sierra, con quienes improvisó un pequeño acto de resistencia que, a la postre, es nuestro hito fundacional, en el cual se enunciaron ellas mismas como “las lechuzas temerosas de la noche que trabajarían desde ese día sin descanso hasta lograr ser aves del día que engalan el cielo de Barranquilla”.

Ocho años después, en el mes de febrero de 1983, esta turba de entusiasmo se juntó nuevamente en lo que sería la primera versión del carnaval LGBT de Barranquilla, un sábado de guacherna en la noche, frente al hotel El Prado, en una pequeña discoteca que recién iniciaba a ofrecer servicios llamada “el gusano”. Ahí les esperaba un grupo de millos que habían rentado, y bajo el liderazgo de Jorge Álvarez y Jaime Payares en la música, el de Raúl Patiño, Lino Fernández y Carmelo en el



vestuario, e impulsados por el sonido de la canción de Lisandro Meza: “Las tapas”, dieron inicio a su propio desfile de guacherna.

Recorrieron varias calles céntricas de la ciudad con coreografías propias de los carnavales que se prepararon en los dos sitios de encuentro LGBTI conocidos en esa época en la ciudad de Barranquilla, “Baco” y “JJ”, lugares en los que se daban cita mayoritariamente mujeres trans, cada sábado en la noche luego de largas jornadas de trabajo, para realizar bailes y ensayos de puestas en escena con las tradiciones propias del carnaval que les permitiera prepararse para su cita con la ciudadanía; su recorrido terminó frente a las casetas del paseo Bolívar llamadas “La Ceiba” y el “Padrino”, en donde ya alguna ciudadanía hacía presencia para apoyarlas, pero también otro grupo más numeroso para recriminarlas y la policía para hostigarlas. Allí, pasada las 8 de la noche, llegó Jairo Polo, vestido de novia, con el traje de una vecina que se acababa de casar y se lo había prestado, acompañada de otras mujeres trans y hombres gays que ofrecieron la expresión de sus comparsas por el paseo Bolívar, con trajes alusivos al carnaval, mayoritariamente del “Congo” y el “Torito”, aprovechando que, por ser danzas solo masculinas, ya muchos de ellos participaban en sus comparsas, por lo que eran bienvenidos por su gran capacidad artística con los bailes de tradición.

Liderazgos comunales de Lucero como el Mañe, 20 años después (en 1995) de este valiente acto, llamaron a Jairo Polo para que regresara (pues buscando una vida más tranquila se había ido a vivir a otra zona de la ciudad) y le entregaron las llaves del barrio y le rindieron un homenaje, reconociéndole como personaje insignia de la vecindad. En dicho acto, durante la entrega de la placa, se leyó una frase que resume su aporte y que hoy reconocemos: “Usted y sus amigos, prepararon a Barranquilla para una necesaria transformación...” Y es que, desde esa fecha y hasta hoy, Polo, de la mano de grandes activistas culturales del movimiento LGBTI barranquillero, no solo se han concentraron en preparar sus coreografías, sino que venido haciendo incidencia ante las autoridades locales y en las comunidades para el respeto de la diversidad sexual y de género en la ciudad. Por ejemplo, es muy conocida la anécdota de un grupo de mujeres trans que habían recibido burlas y les fue arrojada mezcla de cemento al pasar por un edificio en construcción, generando que pidieran una reunión con la acción comunal y responsables de la obra para que pidieran disculpas a las afectadas y formaran a los trabajadores al respecto.

Durante más de cuatro décadas, en los doce meses del año, Jairo Polo en su casa que hoy reconocemos como “La Casa del carnaval Gay de Barranquilla”, organiza lo que será cada febrero el acto festivo más importante del movimiento LGBTI en la región, en donde decenas de mujeres trans se preparan conociendo, disfrutando y consolidándose como actrices de carnaval y año tras año, se



van relevando como reinas populares, cívicas, o centrales. Por su parte, los hombres gays de muchos barrios y municipios del Atlántico, encuentran en la casa del carnaval un semillero de formación cultural y esperan su turno para ser los reyes Momo; de esta manera para las personas LGBTI que estamos en esta latitud, el carnaval es la esencia de nuestra vida y de ello no estamos exentos incluso las que no tuvimos el privilegio de nacer en esta región, y es que aquí, en todo tiempo añoramos la llegada del carnaval, se oye un tambor y es imposible no bailar, se escucha la cumbia y nos motiva como en un ritual, a un acto reverencial.

Sin embargo, a pesar de que Jairo Polo hoy ve con satisfacción el resultado de una historia ya grande de movilización, estos años no han estado exentos de actos de violencia policial. En 1999, les prohibieron hacer el cierre en el sector de Siete Bocas con la excusa de que no era un evento oficial; también han sido víctimas de tentativas de interrupción, como de la suspensión del fluido eléctrico cuando pasaban la vía pública a la altura de la calle 72 en 1996; pero han resistido y el fruto de este proceso que tiene toda la contundencia de una acción colectiva tiene que ver con los resultados de reconocimiento de derechos. Para la muestra, en términos culturales, el Plan Especial de Manejo (PEM) incluyó a las personas hacedoras del Carnaval LGBTI en las discusiones previas y hoy hacen parte de su plan de acción; en 2016 el Concejo Distrital de Barranquilla le reconoció como patrimonio cultural de la ciudad y en 2019, el recién inaugurado Museo del Carnaval le dio una sala permanente a las acciones carnestoléndicas LGBTI de Barranquilla.

Pero Jairo Polo que no se queda quieto, en estos 46 años ha promovido grandes cosas: fue candidato al Concejo de Barranquilla en los 90, como segundo renglón de Orlando Rodríguez, quien fue secuestrado y cuando el partido le llamó a tomar posesión, el cabildo se opuso e imposibilitaron que tomara su puesto, no siendo ello impedimento para hacer su trabajo activista al promover acciones comunitarias y, en 1997, con otras y otros del proceso cultural crearon la corporación Carnaval Gay de Barranquilla y el Atlántico y con un proyecto llamado reinas populares, empezaron a llevar este ejercicio de activismo a los barrios más pobres de la ciudad; en 2008 luego de un proceso sistemático de incidencia y con resultados que hablaban de un proceso de ciudad, consiguió el apoyo de la alcaldía para que carnaval LGBTI fuese parte de la agenda oficial. Acciones que sin lugar a dudas han motivado otros activismos que hoy florecen en la ciudad como la Mesa LGBTI, festivales culturales diversos en los municipios del Caribe y un puñado de organizaciones que tenemos en el carnaval un hito fundacional.



Quizás uno de los actos más emblemáticos, por el contenido de memoria que convoca, es la “Batalla de Flores”. Luego de la finalización de “la guerra de los mil días”, que coincidió con las jornadas de carnaval, trajo a las calles de Barranquilla a muchos soldados que salvaron su vida de esa absurda práctica violenta y fueron recibidos por la ciudadanía con flores que caían en sus cuerpos, con el mensaje de que jamás volveríamos a la guerra y que nunca más dispararían. Desde hace unos años, Carnaval LGBTI tiene esa ilusión, nuestra propia batalla de flores para enfrentar los discursos de odio, homofóbicos, transfóbicos y desarmar los corazones prejuiciosos con gestos de acogida y afecto; sueño que seguro, luego de esta pandemia podemos hacer realidad.

Gracias Jairo Polo por abrir caminos...

¡Felices Carnavales!

Wilson Castañeda Castro

Director de Caribe Afirmativo